

1.

PRIMAVERA



NOAH

Mi abuela murió sola.

Fue una mañana de un martes cualquiera y no consigo recordar lo último que le dije. Sé que me levanté con pocas ganas de ir a clase porque hacía mucho frío y estaba lloviendo. La abuela me preparó leche caliente con tostadas como todas las mañanas, pero me las tuve que tomar con mermelada de ciruelas porque a mi madre se le había olvidado comprar mantequilla. Recuerdo que me metí el móvil en el bolsillo antes de sentarme a la mesa, pues no le gustaba que lo usara mientras comía. Ella siempre quería que le contara cosas, aunque a mí casi nunca me apetecía hablar porque no se me ocurría nada que decir. Ahora, al mirar atrás, reconozco que había algo luminoso en aquellas conversaciones a solas. La abuela me miraba a mí —su único nieto— con sus ávidos ojos de lechuza y el mundo dejaba de girar, su inmutable presencia me escuchaba con cada fibra de su rostro, atenta a cada inflexión de mi voz. Tal vez nadie llegue a conocerme de esa manera, con sus hábiles preguntas de hechicera y el bálsamo de sus palabras calmando el escozor de mis dudas.

Aquella mañana no le salieron palabras. Estaba muy seria y parecía más cansada de lo habitual. Se sentó a mi lado en la mesa con la mirada perdida y las manos lánguidas apoyadas sobre el regazo. Me alegré de no tener que hablar con ella porque creo recordar que yo estaba de mal humor y me apetecía pensar

en mis cosas, en el examen de Lengua que tenía a primera hora y en cómo esquivar a Gonzalo para que no me diera collejas en los pasillos del colegio. La abuela llevaba el pelo despeinado y las arrugas le trazaban surcos profundos en el rostro. No se había puesto su delantal de cuadros y tampoco olía a colonia de lavanda. Pero no fui capaz de ver las señales, ni de darles el sentido que tenían para haber podido rescatarla en ese mismo instante, cuando aún había tiempo. Cuando la vida todavía palpitaba dentro de su corazón de mimbre, escapándose en silencio por los huecos de su voz ausente.

La abuela se murió como había vivido. Cargando consigo misma, sin esperar nada de nadie.

Hubo una época en que llegué a sentirme ingrato y egoísta. Ahora solo me siento una víctima más del transcurrir del tiempo. Cuando desapareció, su recuerdo dolía tanto que hice todo lo posible por enterrarla en el pozo de la memoria, junto con la culpa y la nostalgia.

Era un día de abril. Bajé al portal y Sergio ya estaba esperándome con la cara enterrada en el móvil. Tardábamos media hora en llegar al colegio. A veces, cuando se nos hacía tarde, cogíamos el autobús, pero preferíamos ir andando. Me gustaba vivir en el barrio de la Estrella porque el Parque del Retiro era el epicentro de nuestra vida. Al salir de clase, íbamos allí a jugar al fútbol en el Centro Deportivo de la Chopera, y los sábados nos gustaba montar en bici y hacer competiciones. A Sergio le divertía tirarles trozos de su bocadillo de chóped con aceitunas a las carpas del estanque y verlas pelearse salvajemente por el fiambre. Eran capaces de comerse cualquier cosa y en el colegio se rumoreaba que su tamaño descomunal se debía a un escape radioactivo.

Mi madre y yo vivíamos con la abuela en su piso, que estaba decorado con los mismos muebles que compró el abuelo cuando se casaron. Nunca llegué a conocerlo porque se murió de un

infarto antes de que yo naciera. Me contaron que era médico y que tenía muy mal carácter. Tal vez, por eso, mi madre siempre iba por la vida como asustada, temerosa de levantar la voz o de ocupar espacio. Quizás la presencia todopoderosa de la abuela contribuyó a infantilizarla aún más, hasta el punto de crecer sin necesidad de tomar ninguna decisión ni de arriesgarse. Todo le venía hecho desde arriba, donde su madre capitaneaba el barco sin esfuerzo aparente, suavizando obstáculos y girando el timón cuando avistaba un iceberg. Sin embargo, no pudo protegerla de mí ni de lo que supuso mi llegada al mundo cuando no se lo esperaba. Había un halo inquebrantable de misterio que rodeaba las circunstancias de mi nacimiento en el que no conseguía penetrar por más que exigiera respuestas. No sabía quién era mi padre, ni por qué su inexistencia se me clavaba en el estómago, solo sabía que me costaba amasar una identidad y darle forma al pasado sin saber siquiera su nombre. Cuando la abuela se fue, perdí toda esperanza de que alguien respondiera esas preguntas. Mi madre nunca quiso contarme nada sobre él.

Muchas veces estuve tentado de inventarme un padre y actuar como si formara parte de mi vida. Recoger pedacitos de todo aquello que imaginé a lo largo de la infancia, influenciado por las películas y los libros que poblaban de personajes masculinos mi imaginario adolescente. Estudiaba mi cara en el espejo y lo que no podía conectar con las facciones de mi madre, se lo atribuía a él, diseñando un *collage* de mandíbula cuadrada y ojos castaños que, en ocasiones, se asemejaba al Batman de Robert Pattinson, y otras al rostro de Oscar Isaac en *Dune*. Me gustaba fantasear con un padre fuerte, inmutable, que me ofrecía la seguridad que necesitaba para creer en mí mismo y avanzar hacia delante.

Desde que murió la abuela, la soledad se volvió tan palpable que tenía olor y sabor. Imaginar a mi padre era un conjuro contra el vacío que iba formando espacios huecos en mi interior. Agu-

jeros negros. Su mirada de hombre se erguía por encima de mí, hasta el punto de que ser su hijo se convirtió en el mayor desafío. Cuanto más alto era él, más alto tenía que subir yo para alcanzarlo.

Esa mañana, Sergio y yo llegamos al colegio pronto, por lo que aprovechamos para ver vídeos en TikTok hasta que empezaron las clases. Creo que fue a segunda hora, justo después de terminar el examen de Lengua, cuando entró la secretaria y me dijo que mi madre había venido a buscarme. Sergio me miró alarmado mientras yo recogía mis cosas y las metía en la mochila. Al atravesar el largo pasillo, intenté adivinar qué podía haber pasado, pero no se me ocurrió nada que tuviera sentido.

Cuando llegué a la entrada, me encontré con la fragilidad de mi madre. Levantó su mirada enrojecida y la posó en mis ojos.

—Noah, hijo... Es la abuela. —Las lágrimas se le escapaban sin control. Avergonzada, se limpió con el clínex que tenía en la mano y le dedicó una sonrisa rápida a la secretaria como única despedida, al mismo tiempo que me hacía un gesto para que saliéramos del colegio en busca de algo de intimidad.

La seguí hasta la calle y me paré en seco.

—¿Qué le pasa a la abuela?

Recuerdo el enorme esfuerzo que hacía por estar tranquilo y mantener la calma. Seguramente se había caído o le había vuelto a dar un ataque de los suyos. Era epiléptica, y aunque se medicaba para mantener la enfermedad bajo control, a veces tenía algún episodio.

—Cuando me levanté esta mañana, no estaba en la cocina, así que la busqué por la casa. La encontré tumbada en su cama. Me pareció muy raro y me acerqué a ella... —Se tapó la cara con las manos—. Entonces vi que no respiraba.

Se me escapó el corazón por la garganta. Noté la boca seca y las lágrimas amenazando con nublar-me la vista.

—¿Qué dices? ¿Cómo que no respiraba? ¿Qué han dicho los médicos? —grité, dejando caer la mochila en el suelo.

Mi madre no se atrevía a mirarme. Temblaba como un cachorro mojado a la intemperie. Al ver pasar un taxi a nuestro lado, lo paró y me pidió que subiera con ella.

—Vámonos a casa.

ELSA

Cuando mi madre murió, me quedé sola.

Nunca me había planteado la posibilidad de perderla. Su presencia era sólida como una noche sin luna. El mundo cambió de forma y color cuando tuve que enfrentarme a la soledad por primera vez. Mi hijo Noah era apenas un adolescente por aquel entonces y había muchas decisiones que tomar. Mi mente giraba sobre un gozne de cristal vislumbrando un futuro incierto, incapaz de convertirme en el ancla de mi propia vida. Reconozco que aquel plan descabellado de Cristina, mi amiga de la infancia, fue lo que me salvó, aunque las consecuencias de todo aquello aún me persiguen como cicatrices tatuadas en la espalda.

Los médicos dijeron que mi madre había sufrido un ictus. Noah me contó que desayunó con ella por la mañana como siempre, sin notar nada raro, aunque estaba más callada de lo habitual y parecía cansada. Debió de encontrarse mal y decidió acostarse un rato. Nunca volvió a despertar.

En esa época, yo no tenía trabajo. El plan era presentarme a una oposición. Durante varios años fui profesora de inglés en un colegio privado pequeño, pero, con el tiempo, fueron perdiendo alumnos y al final me echaron. Desde entonces, daba clases particulares de preparación para los exámenes de Cambridge. Tenía un horario errático y me acostaba muy tarde porque me gustaba estudiar por las noches. Era algo a lo que me acostumbré de pequeña para no tener que oír los gritos de mi padre mientras intentaba concentrarme. Solía ver la tele en mi cuarto o escuchar música a todo volumen con los auriculares hasta que él se acostaba. Otras veces, me iba a dormir en cuan-

to llegaba a casa después del colegio para no cruzármelo y me ponía una alarma a medianoche con el fin de estudiar tranquila.

Mi madre se encargaba de todo. Cuando nació Noah, la responsabilidad de cuidar de él me desbordaba. Me atrevo a confesar que en esa época nunca lo sentí mío, sino ajeno. Ella siempre sabía qué hacer y cómo hacerlo bien. Fue fácil deslizarme en una burbuja de ignorancia que me protegía de ser consciente de mi ineptitud como madre. Recuerdo que cuando Noah empezó a hablar, solía llamarla mamá, y tuvimos que explicarle que su verdadera madre era yo, como si las palabras pudieran transformar la esencia de lo que invocan. Lo cierto es que su abuela fue mi madre y la suya. Cómo competir con ella, cómo ser digna de una identidad que no nace, sino que se alcanza. Yo no me convertí en madre de Noah por el hecho de albergarlo en las entrañas, solo fui un instrumento, el recipiente que posibilitó su existencia.

La desaparición de mi madre se hacía eco en las paredes de casa. Nunca estuvo tan presente como en su ausencia. Me sentí torpe, amputada, infantil. Noah clavaba en mí sus ojos tristes, llenos de desconfianza y anhelantes de respuestas que no podía darle. Yo seguía avanzando a ciegas sin encontrar la salida, como una rata de laboratorio atrapada en un laberinto repleto de obstáculos. Hubo papeles, abogados, gente desconocida que apoyaba mi cabeza en su hombro, facturas, testamento, sepelio, coronas de crisantemos, claveles y gladiolos. Hubo funeral, curas e iglesia. Lágrimas y despedidas en el cementerio de la Almudena. Y antes, hubo incineración y urna. Un día, cuando todo se había acabado, me encontré completamente sola en el salón de la casa de mis padres con un extraño como hijo.

Justo entonces recibí la llamada de Cristina.

Las dos estudiamos juntas en el colegio de Nuestra Señora del Pilar, en el barrio de Salamanca. Los recuerdos de aquella

época son borrosos, como lo ha sido siempre mi vida. Cris, con su pelo rubio y sus ojos verdes, parloteando sin cesar a mi alrededor, disfrutando de tener una amiga silenciosa y dócil, la perfecta compañera de juegos que nunca le robaba ese protagonismo que le pertenecía por derecho propio. Cuánto me habría gustado cambiarme por ella, mudarme a esa habitación fabulosa, con un balcón donde sentarme a leer respirando el olor a hierba recién cortada del jardín, para luego sumergirme en la piscina, refrescante como un polo de fresa, y sentir en la piel ese cosquilleo placentero de los días de verano. Cris me regalaba espacios de su vida perfecta, ayudándome a huir de la presencia asfixiante de mi padre. Sus progenitores, más ausentes que distantes, entraban y salían sin apenas hacer ruido, dejando una estela de perfume caro a su paso.

El chalet rebosaba vida. Tenían dos perros, un gato y tres canarios. La cocinera siempre se quejaba de Sultán, un San Bernardo perezoso que gustaba de merodear por la cocina a mediodía, esperando la oportunidad perfecta para robarle hábilmente los filetes de solomillo que iba a servir para comer. A mí solía darme caramelos de limón y pellizcarme las mejillas sin hacerme daño. ¡Cuánto daría por recuperar esa infancia que no era mía, pero que disfruté sin apenas darme cuenta! El tiempo avanza inexorable, diluyendo el presente en una masa informe de memoria adulterada.

—Elsa, cariño, ¡cuánto lo siento! —exclamó Cris con tristeza—. Quería haberte llamado la semana pasada cuando escuché tu audio, pero viajamos a Nueva York y prefería esperar a estar de vuelta en casa y poder hablar más tranquilas. Tu madre era maravillosa. No me puedo creer que se haya ido.

Cris llevaba más de veinte años viviendo en EE. UU. Fue allí a estudiar un máster después de terminar la carrera y conoció a Bruce, su marido. Antes venían siempre de visita a Madrid

con sus hijos y solíamos vernos al menos dos veces al año. Pero cuando los niños se hicieron mayores, Cris empezó a venir sola y se quedaba poco tiempo en España. Me habría gustado ir a verla alguna vez a su casa en Buffalo, una pequeña ciudad cerca de Nueva York, pero nunca me decidí. Mi madre se ofreció varias veces a comprarme el billete, ya que nunca escatimaba en gastos cuando se trataba de mí o de Noah, pero yo lo consideraba innecesario.

Recuerdo la boda de Cris en la majestuosa Basílica de la Concepción, cerca de nuestro colegio. Todos le dijimos que no la celebrara a finales de mayo por la amenaza de lluvia, pero ella nunca escuchaba consejos de nadie, y acabó siendo un día glorioso, como si la atmósfera hubiera cedido ante sus deseos, regalándole un cielo despejado y los rayos de un sol espléndido que acariciaba la piel expuesta de las mujeres, ataviadas con pamelas de ala ancha y vestidos veraniegos carísimos. Bruce se empeñó en exportar algunas de sus costumbres norteamericanas y tuvieron una *wedding party*, compuesta por cuatro *bride-maids* y sus correspondientes *groomsmen*. Cris me eligió como su dama de honor, pero tuve que pedirle que le cediera el puesto a su prima, ya que implicaba la obligación de dar un discurso a la hora del brindis. Siempre me ha horrorizado hablar en público y sentirme el centro de las miradas, por lo que mi amiga me permitió adoptar un papel secundario junto al resto de las damas de honor, todas con el mismo vestido color violeta y los ramos salpicados de orquídeas.

—Ojalá estuvieras aquí. Me siento muy perdida sin mi madre. Sigo sin tener un trabajo estable y me cuesta mucho motivarme para sacar la oposición. No sé lo que voy a hacer —le contesté, intentando reprimir el llanto.

—¿Cómo está Noah? Con lo mucho que quería a su abuela lo debe de estar pasando fatal. —Su voz reflejaba preocupación.

Me di cuenta de que ni siquiera se me había ocurrido preguntarle a mi hijo cómo se encontraba. ¿Qué clase de madre se olvida de algo así?

—Noah sigue con sus clases y sus amigos. No hemos hablado mucho estos días. Es bastante reservado, ya sabes.

Cris se quedó callada, como hacía siempre que estaba pensativa.

—Se me acaba de ocurrir una idea que sería perfecta para ayudarlos. Pero necesito algo de tiempo para consultarlo. Te llamo en un par de días, ¿ok?

Me sentí algo inquieta porque sus planes me resultaban demasiado audaces y tenía el presentimiento de que no me iba a dejar quedarme dentro de un espacio hecho a mi medida en el que sentirme cómoda, sin movimientos bruscos ni decisiones drásticas. Cuando se le metía algo en la cabeza era como un huracán que arrasaba con lo que se le pusiera por delante, incluida yo y mi resistencia a los cambios. De pequeñas, ella adoraba todo aquello que supusiera un desafío, deseosa por conquistar un terreno más y acumular otro triunfo en su larga lista de éxitos. Se apuntó a teatro, a *ballet*, a judo. Fue capitana del equipo femenino de baloncesto del colegio. Participó en intercambios en Irlanda, Gales y Escocia, y se convirtió en portavoz del grupo de alumnos que los promocionaba. Su rostro sonriente aparecía en la portada del dossier informativo que recibían los padres interesados en matricular a sus hijos en nuestro colegio.

A mí me bastaba con vivir a su sombra, escondida detrás de sus largas piernas y su mochila azul de Pepe Jeans. La vida me resultaba sencilla y segura dejándome conducir por ella a través de EGB, BUP, COU, la selectividad, los botellones en los parques, los DNI prestados para entrar en Pachá, las fiestas en su casa de la sierra y los primeros besos en el portal con adolescentes húmedos e imberbes. La tiranía del cuerpo femenino, los espejos,

el maquillaje, los sujetadores con relleno y los tampones. Todo lo experimentaba ella primero, heroína sin escudo, con ese apetito por la vida que la caracterizaba. Y luego, me convencía para seguir sus pasos, sonriendo divertida ante mis excusas, mi reticencia a cambiar y mi resistencia a crecer. Cris suavizaba el suelo empedrado bajo mis pies para que yo no tropezara.

Por eso, cuando ella se fue, volví a habitar el vientre cóncavo de mi madre.